

A. M. Homes

Ojalá nos perdonen

Traducción de Jaime Zulaika



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
May We Be Forgiven
Viking Penguin
Nueva York, 2012

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: «Man of the house», © Emiliano Ponzi, 2012

Primera edición: septiembre 2014

© De la traducción, Jaime Zulaika, 2014

© A. M. Homes, 2012

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2014
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7899-8
Depósito Legal: B. 14312-2014

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2241, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

A Claudia, con quien he contraído una deuda de gratitud

«Ojalá nos perdonen», un conjuro, una plegaria, la esperanza de que de algún modo salga yo vivo de esto. ¿Hubo alguna vez un tiempo en que pensabas: lo estoy haciendo a propósito, la estoy jodiendo y no sé por qué?

¿Quieres mi receta para los desastres?

La señal de aviso: el año pasado, el Día de Acción de Gracias en la casa de ellos. Veinte o treinta personas en mesas que se extendían desde el comedor hasta la sala y se detenían bruscamente en el taburete del piano. Él estaba en la cabecera de la mesa grande, sacándose de los dientes pedacitos de pavo, hablando de sí mismo. Yo le miraba cada vez que iba y venía llevando platos a la cocina, con las yemas de los dedos goteando un pringue innombrable, salsa de arándanos, boniatos, una cebolleta fría, cartílagos. Le odiaba más a cada viaje del comedor a la cocina. Rememoraba cada pecado de nuestra infancia, empezando por su nacimiento. Vino al mundo once meses después de mí, al principio enfermizo, no tuvo suficiente oxígeno al salir y le dedicaron una atención excesiva. Y luego, a pesar de que repetidas veces intenté decirle lo horrible que era, él se comportaba como si se creyera un regalo de los dioses. Le llamaron George.

A él le gustaba que le llamasen Geo, como si fuera un nombre de postín, un nombre científico, matemático, analítico. Yo le llamaba Geoda, como a una roca sedimentaria. Su confianza sobrenatural, su cabeza divinamente arrogante, vetuada de hebras rubias en punta, llamaban la atención, le daban un aire de que sabía cosas. La gente solicitaba su opinión, su participación, pero yo nunca le encontré el encanto. Cuando teníamos diez y once años, él era más alto que yo, más ancho, más fuerte. «¿Seguro que no es hijo del carnicero?», preguntaba mi padre en broma. Y nadie se reía.

Yo transportaba platos y fuentes pesados, cazuelas con una costra de residuos de la cena, y nadie se daba cuenta de que había que ayudar: ni George ni sus dos hijos ni sus ridículos amigos, que de hecho eran sus empleados, entre ellos una chica meteoróloga y una serie de superfluos presentadores de televisión, hombres y mujeres, sentados muy tiesos y rociado con laca, como las muñecas Ken y Barbie, y tampoco mi mujer chino-americana, Claire, que detestaba el pavo y nunca omitía recordarnos que su familia solía celebrar la efeméride con pato asado y arroz pegajoso. La mujer de George, Jane, había bregado todo el día, cocinando, limpiando y sirviendo, y ahora tiraba huesos y desechos en un cubo de basura gigante.

Jane fregaba los platos, colocaba los sucios unos encima de otros y sumergía la plata viscosa en un fregadero de humeante agua con jabón. Al mirarme se retiraba el pelo con el envés de la mano y sonreía. Yo iba a buscar más platos.

Miraba a sus hijos y me los imaginaba vestidos de Peregrinos, con zapatos negros de hebilla y haciendo tareas de colonos, acarreando cubos de leche como bueyes humanos. Nathaniel, de doce años, y Ashley, de once, estaban sentados a la mesa como si fueran unos bultos, encorvados o más bien encogidos, como si les hubieran arrojado a sus sillas, auténticos invertebrados, con los ojos fijos en sus pantallitas y sin mover nada más que los pulgares, una escribiendo mensajes para amigos a los que nadie había vis-

to nunca y el otro matando a terroristas digitalizados. Eran niños ausentes, sin personalidad, sin presencia y, salvo en vacaciones, en general ausentes de casa. Les habían metido en internados a una edad que en otros niños habría parecido demasiado temprana, pero Jane una vez había confesado que lo hicieron por cierto tipo de necesidad; hizo alusiones a cuestiones de aprendizaje no especificadas, a problemas de crecimiento, y la discreta insinuación de que los cambios de humor imprevisibles de George dis- taban de hacer agradable la convivencia doméstica.

En segundo plano, dos televisores rivalizaban ruidosamente para atraer la atención de nadie: uno retransmitía fútbol americano y el otro la película *Mi gran amigo Joe*.

—Yo soy un hombre de empresa en cuerpo y alma —dice George—. El presidente de la televisión recreativa. Estoy siempre al tanto, las veinticuatro horas, siete días a la semana.

Hay un televisor en cada habitación; el hecho es que George no soporta estar solo ni siquiera en el cuarto de baño.

Al parecer tampoco soporta que no le confirmen continuamente su éxito. Sus más de doce Emmys se han escabullido de su despacho y ahora están desperdigados por la casa, junto con otros galardones y menciones en forma de cristal tallado, cada una de las cuales ensalza la capacidad de George para analizar la cultura popular y devolvernos nuestra propia imagen, aunque sea de un modo ligeramente burlón, en el formato más conocido como la comedia de media hora o la hora de las noticias.

La fuente del pavo estaba en el centro de la mesa. Alargué la mano por encima del hombro de mi mujer y la levanté: la fuente era pesada y se bamboleó. La sostuve con todas mis fuerzas y logré llevar a cabo mi propósito mientras mantenía en equilibrio una cazuela de coles de Bruselas con beicon en el hueco del otro brazo.

Al pavo, un «ave reliquia», sea lo que sea lo que signifique eso, lo habían friccionado, relajado, sometido a base de hierbas para que pensara que no era tan malo que te decapitasen, que te

rellenasen el culo con migas de pan y arándanos en el curso de un rito anual. Al animal lo habían criado con un objetivo en mente, una fecha concreta en la que le tocaría el turno.

Yo limpiaba la carcasa en la cocina mientras Jane fregaba los platos con unos guantes de un azul vivo, hundidos en el jabón hasta los codos. Mis dedos escarbaban en las entrañas del ave, cuyo cuerpo hueco aún estaba caliente y conservaba las mejores partes del relleno. Excavé con los dedos y me llevé un pedazo a los labios. Ella me miró –yo con la boca mojada, grasienta, y los dedos enganchados en lo que habría sido el punto g del pavo, si es que tenían esas cosas–, sacó las manos del agua y se me acercó para plantarme un beso. No un beso amistoso. Fue un beso serio, húmedo y lleno de deseo. Fue aterrador e inesperado. Después de besarme, Jane se quitó los guantes y salió de la cocina. Yo me quedé aferrado a la encimera, la agarraba con los dedos grasientos. Fuerte.

Se sirvió el postre. Jane preguntó si alguien quería café y volvió a la cocina. Yo la seguí como un perro que quiere más.

Ella no me prestó atención.

–¿No me haces caso? –pregunté.

Ella no respondió y luego me tendió el café.

–¿Podrías permitirme un pequeño placer, una pizca de algo que es sólo para mí? –Hizo una pausa–. ¿Leche y azúcar?

Desde el Día de Acción de Gracias y a lo largo de las navidades hasta el año nuevo, lo único en que pensé fue en George follándose a Jane. George encima de ella o, para una ocasión especial, George debajo, y una vez, fantásticamente, George penetrándola por detrás, con los ojos clavados en el televisor empotrado en la pared, por cuya pantalla, en la parte de abajo, corría la cinta del teletipo con los titulares de prensa. No conseguía pensar en otra cosa. Estaba convencido de que a pesar de sus encantos, sus excesivos logros profesionales, George no era muy bueno en la cama,

y que lo único que sabía de sexo era lo que aprendía en las páginas de una revista que leía a escondidas mientras cagaba. Pensaba en mi hermano follándose a su mujer... constantemente. Cada vez que veía a Jane se me empinaba. Me ponía pantalones holgados y plisados y un doble par de calzoncillos prietos para contener mi delator entusiasmo. El esfuerzo formaba un bulto y me inquietaba, me daba aspecto de haber engordado.

Son casi las ocho de una noche a finales de febrero cuando Jane llama. Claire está todavía en la oficina; siempre está en la oficina. Otro hombre pensaría que su mujer tenía una aventura; yo sólo pienso que Claire es inteligente.

–Necesito tu ayuda –dice Jane

–No te preocupes –digo antes incluso de saber qué problema tiene. Me la imagino llamándome desde el teléfono de la cocina, con el cordón largo y curvo enrollado alrededor del cuerpo.

–George está en la comisaría.

Miro el cielo de Nueva York; nuestro edificio es feo, insulso, de ladrillo blanco de posguerra, pero el piso es alto, las ventanas son amplias y hay una terracita donde nos sentábamos a tomar la tostada matutina.

–¿Ha hecho algo malo?

–Por lo visto –dice ella–. Quieren que vaya a buscarle. ¿Vas tú? ¿Puedes recoger a tu hermano?

–No te preocupes –digo, repitiéndome.

Minutos después me pongo en camino desde Manhattan hacia el villorrio de Westchester que George y Jane llaman su hogar. Telefono a Claire desde el coche; responde su contestador. «George tiene algún problema y tengo que ir a buscarle y llevarle a casa con Jane. Ya he cenado; te he dejado cena en la nevera. Te llamo más tarde.»

Una pelea. Es lo que voy pensando en el trayecto a la comisaría. Es muy propio de George: una especie de reactividad atómica que permanece debajo de la superficie hasta que algo le pone en el disparadero y estalla, vuelca una mesa, estrella el puño contra la pared o... Más de una vez he sido el destinatario de su frustración, una pelota de béisbol lanzada contra mi espalda que me alcanza a la altura del riñón y me hace caer de rodillas, un empujón en la cocina de mi abuela que me impulsa hacia atrás contra una hoja entera de cristal cuando George se interpone en mi camino hacia el último brownie. Me figuro que ha ido a tomar una copa después del trabajo y se ha topado con el lado malo de alguien.

Treinta y tres minutos después, aparco delante de la pequeña comisaría de extrarradio, una caja de pasteles blanca de alrededor de 1970. Hay un calendario de chicas pechugonas que probablemente no debería estar en una comisaría, un tarro de caramelos, dos escritorios de metal que suenan como una colisión de tráfico si les das una patada accidental, cosa que hago al tropezar con una botella vacía de Dr. Pepper light.

—Soy el hermano del hombre a cuya mujer han llamado —anuncio—. Vengo a buscar a George Silver.

—¿Usted es su hermano?

—Sí.

—Hemos llamado a su mujer, que viene a recogerle.

—Ella me ha llamado a mí, yo vengo a recogerle.

—Queríamos llevarle al hospital pero se niega; no hace más que repetir que es un hombre peligroso y que deberíamos llevarle al «centro», encerrarle entre rejas y dejarle allí. Personalmente creo que el hombre necesita un médico..., uno no sale indemne de algo así.

—¿Se ha peleado con alguien?

—Un accidente de tráfico, grave. No parece que estuviese

bebido, le hemos hecho una prueba de alcoholemia y se ha pres-
tado a un análisis de orina, pero la verdad es que debería verle un
médico.

—¿Ha sido culpa suya?

—Se ha saltado un semáforo en rojo, se ha estrellado contra
una furgoneta, el marido ha muerto por el impacto, la mujer ha
presenciado la escena... desde el asiento trasero, al lado del niño
que ha sobrevivido. El equipo de rescate ha utilizado las pinzas
hidráulicas para liberar a la mujer, que ha fallecido durante el
salvamento.

—Las piernas se le salían del coche —grita alguien desde el
despacho del fondo—. El niño se encuentra bien. Sobrevivirá —dice
el poli más joven—. Su hermano está dentro, voy a buscarle.

—¿Está acusado de algún delito?

—Por el momento no. Habrá una investigación completa. Los
agentes han observado que parecía desorientado en el lugar de
los hechos. Llévelo a su casa, llame a un médico y a un abogado,
estas cosas pueden ponerse feas.

—No quiere irse —dice el poli más joven.

—Dile que no tenemos sitio para él —dice el más viejo—. Dile
que los auténticos criminales van a llegar pronto y que si no se
va, se la van a meter por el agujero esta noche.

George sale, desmelenado.

—¿Qué haces tú aquí? —me pregunta.

—Me ha llamado Jane, y además tú tenías el coche.

—Podría haber venido en taxi.

—Es tarde.

Guío a George en la oscuridad a través del pequeño aparca-
miento, me siento obligado a agarrarle del brazo, a conducirlo
por el codo, sin saber muy bien si le estoy impidiendo huir o sólo
lo estoy tranquilizando. En todo caso, él no se resiste, se deja
llevar.

—¿Dónde está Jane?

—En casa.

–¿Lo sabe?
Niego con la cabeza.
–Ha sido horrible. Había un semáforo.
–¿Lo has visto?
–Creo que aunque lo haya visto ha sido como si no tuviera sentido.
–¿Como que no iba contigo?
–Como que no lo sabía. –Sube al coche–. ¿Dónde está Jane?
–pregunta otra vez.
–En casa –repito–. Ponte el cinturón.

Al entrar en el camino, los faros iluminan la casa y sorprenden a Jane en la cocina, con una cafetera en la mano.

–¿Estás bien? –pregunta cuando estamos dentro.
–¿Cómo iba a estarlo? –dice George. Vacía sus bolsillos sobre la encimera. Se descalza, se quita los calcetines, el pantalón, los bóxers, la chaqueta, la camisa, la camiseta y lo tira todo al cubo de la basura.

–¿Te apetece un café? –pregunta Jane.
Desnudo, George ladea la cabeza como si oyera algo.
–¿Café? –vuelve a preguntar ella, haciendo un gesto con la cafetera.

Él no responde. Sale de la cocina, cruza el comedor, entra en el salón y se sienta a oscuras; desnudo en una butaca.

–¿Ha habido una pelea? –pregunta Jane.
–Un accidente de tráfico. Más vale que llames a la compañía de seguros y a vuestro abogado. ¿Tenéis abogado?

–George, ¿tenemos abogado?
–¿Lo necesito? –pregunta él–. Si lo necesito, llama a Rutkowsky.

–Le pasa algo –dice Jane.
–Ha habido muertos.
Hay una pausa.

Jane sirve una taza de café a George y se la lleva al salón junto con un paño que le coloca encima de los genitales, como si le pusiera una servilleta sobre las rodillas.

Suena el teléfono.

–No contestes –dice George.

–Diga –dice ella–. Lo siento, no está en casa. ¿Quiere dejar un mensaje? –Jane escucha–. Sí, le oigo perfectamente –dice, y luego cuelga–. ¿Quieres beber algo? –pregunta a nadie en particular, y después se sirve una bebida para ella.

–¿Quién era? –pregunto.

–Un amigo de la familia –dice ella, y claramente se refiere a la familia del accidente.

George permanece un largo rato sentado en la butaca, con el paño de cocina sobre las partes pudendas y la taza de café delicadamente posada en las rodillas. Debajo de él se forma un charco.

–George –le implora Jane cuando oye un sonido como de agua que gotea–, algo te pasa.

Tessie, la vieja perra, se levanta de su cama, se acerca y huele el charco.

Jane corre a la cocina y vuelve con un fajo de servilletas de papel.

–Absorberán lo que quede directamente del suelo –dice.

Durante toda esta escena George parece estar en blanco, como la cáscara vacía de un reptil que ha mudado la piel. Jane le retira la taza y me la da a mí. Le retira de las rodillas el paño mojado, le ayuda a levantarse y luego le limpia con servilletas de papel la parte posterior de las piernas y el culo.

–Déjame que te ayude a subir la escalera.

Les observo mientras suben. Veo el cuerpo de mi hermano, flácido, con el estómago ligeramente abombado, los huesos de las caderas, la pelvis, el culo plano, todo tan blanco que parece

brillar en la oscuridad. Mientras suben veo debajo del culo de George y entre sus piernas el saco de sus huevos, flacos y de un color violeta rosado, que se balancea como un león viejo.

Me siento en el sofá. ¿Dónde está mi mujer? ¿No siente curiosidad Claire por saber lo que ha ocurrido? ¿No se preguntará por qué no estoy en casa?

La habitación huele a orina. Las servilletas mojadas siguen en el suelo. Jane no vuelve para limpiar el pis. Lo hago yo y me siento de nuevo en el sofá.

Estoy mirando en la oscuridad una antigua máscara tribal de madera, hecha con hilos de cáñamo, una pluma y cuentas indígenas ensartadas. Miro esa cara desconocida que Nate trajo de un viaje escolar a Sudáfrica y la máscara parece devolverme la mirada como si estuviera habitada y quisiera decir algo; me hostiga con su silencio.

Odio este salón. Odio esta casa. Quiero volver a la mía.

Mando un mensaje a Claire explicando lo que ha sucedido. Ella me contesta: «Aprovecho que no has vuelto para quedarme todavía en la oficina; parece que tendrás que pasar allí la noche por si las cosas empeoran.»

Duermo servicialmente en el sofá con una mantita de siesta maloliente que me cubre los hombros. Tessie, la perra, duerme conmigo y me calienta los pies.

Por la mañana hay llamadas presurosas de teléfono y conversaciones en voz baja; el fax escupe una copia del informe sobre el accidente. Llevaremos a George al hospital para que le examinen y busquen alguna explicación invisible que le exima de responsabilidad.

—¿Me estoy quedando sordo o qué cojones pasa aquí? —quiere saber George.

—George —dice Jane claramente—, tenemos que ir al hospital. Prepara tu bolsa.

Y él obedece.

Les llevo yo. George se sienta a mi lado, vestido con un pantalón de pana muy gastado y una camisa de franela que tiene desde hace quince años. Está mal afeitado.

Conduzco con atención, preocupado por si cambia su humor dócil y le da la venada, estalla y trata de agarrar el volante. Los cinturones de seguridad son buenos, desalientan los movimientos súbitos.

—Simon el simple se encontró con un panadero que iba a la feria. Simon el simple le dijo al panadero: «Déjame probar tu mercancía» —entona George—. Simon el simple fue a pescar una ballena; toda el agua que cogió estaba en el balde de su madre. «Ojo», me dice», «o encontrarás lo que andabas buscando.»

Jane va al mostrador de la sala de urgencias con la información de su seguro y el informe de la policía y explica que la víspera su marido tuvo un accidente de tráfico mortal y parecía desorientado en el lugar del suceso.

—No es eso lo que pasó —vocifera George—. El puto todoterrero era como una gran nube blanca delante de mí. No veía por arriba, no veía por los lados de la nube, no pude evitar estamparme contra él como si fuera una pieza de aluminio barato, como una puta almohada gorda. El airbag me lanzó hacia atrás, me dio un golpe, me dejó atontado, y cuando al final me bajé del coche vi gente en el otro, aplastada como una lasaña. El niño del asiento trasero no paraba de llorar. Me entraron ganas de darle un puñetazo, pero su madre me miraba con unos ojos que se le saltaban de la cara.

Mientras George habla, dos hombres corpulentos avanzan hacia él por detrás. Él no los ve venir. Le agarran. Es fuerte. Forcejea.

La siguiente vez que vemos a George está en un cubículo al fondo de la sala de urgencias, con los brazos y las piernas atados a una camilla.

—¿Sabe por qué está aquí? —le pregunta un médico.

—Tengo mala puntería —dice George.

—¿Recuerda lo que ocurrió?

—Más bien no lo olvidaré nunca. Salí del trabajo hacia las seis y media, volvía a casa, decidí parar para tomar un bocado, que es algo que no hago normalmente, pero estaba cansado, lo reconozco. No la vi. Paré en cuanto me di cuenta de que había chocado con algo. Me quedé con ella. La sujeté. Se estaba resbalando del asiento, le salía líquido, como un motor averiado. Me mareé. Y la odié. La odié por su aspecto aturdido, gris, por el charco que se estaba formando debajo; yo ni siquiera sabía de dónde venía exactamente el líquido. Empezó a llover. Había gente con mantas, ¿de dónde salían aquellas mantas? Oí sirenas. Se acercaban coches alrededor, vi gente mirando.

—¿De qué habla? —pregunto, sin saber si estoy confuso o si George está totalmente desorientado—. Eso no es lo que pasó, no es este accidente, quizá sea otro, pero no el suyo.

—George —dice Jane—. He leído el informe de la policía; eso no es lo que pasó. ¿Estás pensando en otra cosa? ¿Algo que has soñado o que has visto en la televisión?

George no lo aclara.

—¿Antecedentes de síntomas mentales o neurológicos? —pregunta el médico. Todos negamos con la cabeza—. ¿En qué trabaja?

—Leyes —dice George—. Estudié derecho.

—Déjenle de momento con nosotros. Le haremos unas pruebas —dice el médico— y luego hablamos.

Paso otra noche en casa de George y Jane.

A la mañana siguiente, cuando vamos a verle, me pregunto en voz alta:

—¿Es un centro psiquiátrico el sitio adecuado para él?

—Está en las afueras —dice Jane—. ¿Qué peligro puede haber en un psiquiátrico de las afueras?

George está solo en su habitación.

–Buenos días –dice Jane.

–¿Buenos? No lo sabía.

–¿Has desayunado? –pregunta ella al ver la bandeja que él tiene delante.

–Es comida de perro –dice él–. Llévasela a Tessie.

–Te apesta el aliento: ¿te has cepillado los dientes? –pregunto.

–¿No te los cepillan ellos? –contesta George–. Es la primera vez que estoy en un hospital psiquiátrico.

–No es un hospital psiquiátrico –dice Jane–. Simplemente estás en la unidad de psiquiatría.

–No puedo ir al cuarto de baño –dice él–. No puedo mirarme en el espejo..., no puedo.

Empieza a parecer histérico.

–¿Necesitas que te ayude? Te puedo ayudar a lavarte –dice Jane, abriendo el neceser que le han dejado a George.

–No la dejes –digo–. No eres un bebé; ya basta; deja de comportarte como un zombi.

Él empieza a llorar. Me sorprende a mí mismo el tono que estoy empleando con él. Salgo de la habitación. Cuando me voy, Jane está mojando una toallita en el grifo.

Por la noche, después del trabajo, Claire viene al hospital y trae comida china de la ciudad para los cuatro. Para ser descendiente de chinos, me sorprende que Claire tenga tan poco criterio sobre la comida china; por lo que a ella respecta, es toda igual, variaciones de un mismo tema. La recalentamos en un microondas con la leyenda: «Para uso del paciente. No introducir productos médicos.» Nos lavamos las manos con las botellas de espuma limpiadora que hay en todas las paredes de todas las habitaciones. Procuero no tirar nada, no tocar superficies; de repente temo estar tragando gérmenes letales. Miro la comida china y veo un gusano que enseño discretamente a Claire.

–No es un gusano, es un grano de arroz.

–Es una larva –susurro.

–Estás loco.

Extrae el grano de arroz con el tenedor.

–¿El arroz tiene ojos? –pregunto.

–Es pimienta –dice ella, enjugándose los ojos.

–¿Dónde has comprado la comida? –pregunto.

–En aquel sitio que te gustaba de la Tercera Avenida –dice ella.

–¿El que cerró el Departamento de Salud? –pregunto con cierta alarma.

–Se aproxima tu gran viaje –dice Jane, distrayéndose.

–Voy a China unos días –dice Claire.

–Nadie va a China para «un par de días» –gruñe George.

Claire sí.

George se niega a comer y sólo se permite lamer la mostaza caliente directamente de los envases de plástico: autopunición. Nadie le detiene. «Así hay más para mí», estoy tentado de decir, pero no lo hago.

–¿Cuándo te vas? –pregunta Jane.

–Mañana.

Le paso a George otro envase de mostaza.

Más tarde, en privado, Claire me pregunta si George y Jane tienen una pistola.

–Si no, deberían tener una –dice.

–¿Qué estás diciendo? ¿Que deberían tener una pistola? Así es como acabas muerto, te agencias una y luego alguien te dispara.

–Lo único que digo es que no me extrañaría que Jane vuelva a casa una noche y la esté esperando la familia de la gente contra la que George chocó. Les ha destrozado la vida y querrán vengarse. Quédate con ella, no la dejes sola; Jane es vulnerable –dice Claire–. Ponte en su lugar; si tú te vuelves majara, ¿no querrás que alguien se quede conmigo y vigile la casa?

–Vivimos en un piso con portero. Si me volviera loco, estarías a salvo.

—Es cierto. Si te sucediera algo, yo estaría perfectamente a salvo, pero Jane no es como yo. Necesita a alguien. Además, deberías visitar al niño superviviente. El abogado te dirá que no lo hagas, pero hazlo de todos modos; George y Jane necesitan saber a qué se enfrentan. Por eso yo dirijo Asia —dice Claire—. Estoy siempre pensando. —Se da golpecitos en el costado de la cabeza—. Pienso. Pienso. Pienso.

Así que al día siguiente visito al niño, más a causa de una especie de culpa familiar que por la necesidad de calcular el coste imposible de «compensarle». Paso por la tienda de regalos, donde el muestrario se limita a claveles de colores brillantes, collares religiosos y dulces. Cojo una caja de bombones y unos claveles de color azul pastel. El chico está en el mismo hospital que George, en la unidad de pediatría, dos pisos más arriba. Está sentado en la cama, tomando un helado, con los ojos clavados en los dibujos animados de la televisión: *Bob Esponja*. Tendrá unos nueve años y es fornido, el arco de una ceja le dibuja en la cara la forma de la letra M. Tiene el ojo derecho morado y le han afeitado una amplia franja a un lado de la cabeza, y se le ve una línea carnosa de puntos violetas. Le doy los regalos a la mujer que está sentada con el niño y que me dice que se está recuperando tan bien como cabe esperar, siempre hay alguien con él, un pariente o una enfermera.

—¿De cuánto se acuerda? —pregunto.

—De todo —dice la mujer—. ¿Usted es de la compañía de seguros?

Asiento: ¿asentir es igual que mentir?

—¿Tienes todo lo que necesitas? —pregunto al chico.

Él no contesta.

—Volveré dentro de unos días —digo, ansioso por irme—. Si se te ocurre algo, ya me lo dirás.